

Sociedad del conocimiento, educación y desigualdad en la Argentina [Jason Beech, Universidad de San Andrés]

Jason Beech,
Universidad de San Andrés

Hoy en día vivimos en la sociedad del conocimiento. A diferencia de otros momentos históricos, donde las principales fuentes de progreso y riqueza eran la posesión de la tierra, o el capital industrial; en la actualidad la principal fuente de riqueza (material y simbólica) es el conocimiento. Las sociedades más avanzadas, más cohesionadas y con mayor estabilidad política son aquellas que producen y aplican intensivamente el conocimiento. Sin una educación de calidad para todos y todas es imposible que una sociedad crezca y avance en términos de desarrollo económico, social y político. En otras palabras, no hay posibilidades de insertarse exitosamente en el mundo sin un sistema educativo sólido que alcance desde los niños más pequeños hasta los profesionales y científicos en el sistema universitario.

Estas mismas reflexiones se aplican a nivel individual: así como una sociedad no puede progresar sin educación, las posibilidades de que una persona pueda participar significativamente de los procesos sociales, económicos y políticos también dependen del conocimiento que esa persona posea. Por

ello, democratizar el acceso al conocimiento es fundamental para la Argentina.

En nuestro país, en el nivel primario el problema no es la cobertura. Para la fecha del último censo nacional de población (2001), el nivel primario incluía a casi la totalidad de los niños (98,1%). En el nivel secundario (que hoy es parte de la escolarización básica) el pronóstico cambia. En este nivel, se dio un importante aumento de la tasa de escolarización. Mientras que en el censo de 1980 esta era del 51,8%, para el año 2003 ya trepaba al 87,6%. Este aumento de la escolarización implicó el acceso de sectores de la población que tradicionalmente no ingresaban al secundario: los sectores más desfavorecidos socialmente. Este acceso implicó sin duda un hecho democratizador. Pero también presenta grandes desafíos al sistema educativo en términos de inclusión efectiva de los y las jóvenes, porque dicha inclusión plena aún no se ha logrado. Las tasas de no aprobación, repitencia y abandono siguen siendo las más altas de todos los niveles del sistema educativo. En la actualidad, el promedio de la

tasa de abandono del nivel medio es del 20 %. Pero como han mostrado numerosas investigaciones, quienes abandonan tienden a ser los jóvenes más pobres, los indígenas, los inmigrantes y otros grupos en situaciones desfavorables. Es decir que en términos generales quienes más necesitan del sistema educativo para poder romper con la marginación, son los que reciben menos educación y de peor calidad.

Obviamente, esto no se explica por la voluntad de los jóvenes y sus familias. No abandonan "porque quieren": abandonan porque hay un conjunto de condiciones que no están garantizadas. La escolaridad no es un proceso ni fácil, ni automático. Muchos jóvenes pobres deben atravesar la escolaridad secundaria teniendo que trabajar, o hacerse cargo de obligaciones familiares. Pero también hay motivos de índole pedagógica que pueden obstaculizar la permanencia. El secundario tiene otra organización, más materias, más profesores con diversos estilos de enseñanza, se transmiten conocimientos más complejos, hay una necesidad de recursos

bibliográficos y tecnológicos más extensos y no hay un seguimiento personalizado de los chicos como si lo puede haber en la primaria con la maestra de grado. Además, hay otros procesos culturales que entran en juego en la relación estudiante-escuela. En Sociología de la Educación decimos que cuanto menor es el capital cultural de los padres (medido a través del nivel educativo alcanzado) más difícil es la escolaridad para los niños y jóvenes. Esto se explica porque la escuela transmite ciertos códigos culturales que son similares a los de las clases medias. En términos simples, quienes provienen de familias con mayor nivel educativo tienden a tener un mejor desempeño porque en sus casas manejan ciertos códigos y

recursos que los ayudan a aprender lo que la escuela considera como relevante. Sucede lo contrario con quienes tienen otro origen social (las clases más bajas) y/o cultural (indígenas o inmigrantes).

Por todos estos factores –que aquí estamos simplificando, pero que son muy complejos– diversos estudios psicopedagógicos y sociológicos, tanto del país como del exterior, sostienen que es indispensable que un niño de sectores sociales desfavorecidos tenga diversos soportes pedagógicos (tutorías, talleres, entre otros) y materiales (es obvio que sin libros, sin Internet, sin útiles no se puede estudiar) para tener una oportunidad genuina de

escolarización. En síntesis: para garantizar la verdadera igualdad de acceso al conocimiento, quienes más pobres son, más sostén material y pedagógico necesitan. Solo si lo damos más y mejor educación a los que menos tienen, el sistema educativo podrá volver a ser motor de la movilidad social, rompiendo con los círculos viciosos de la pobreza y la marginalidad.

Este es nuestro gran desafío. Proveer ese apoyo a quienes más lo necesitan es condición sine qua non para garantizar el acceso de todos y todas a la sociedad del conocimiento, y desde allí, para construir una Argentina mejor y más justa.